Ojos verdes

Cuento sobre prevención del abuso sexual

A través de la lectura compartida del cuento, esta publicación ofrece a padres y madres una herramienta lúdica para fomentar el diálogo con sus hijos e hijas de 6 a 12 años sobre la prevención del abuso sexual, enseñándoles las habilidades, conceptos y valores necesarios para poder enfrentarse a situaciones de riesgo, saber pedir ayuda a los adultos responsables de su protección y crecer con una idea sana de las relaciones y de la sexualidad.

El cuento es uno de sus medios de expresión natural por lo que es un recurso idóneo que les facilitará la expresión de sus emociones, la comprensión del mundo y el aprendizaje de habilidades y valores.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA | MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD | SECRETARÍA DE ESTADO DE SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD

POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

CEAPA

Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es

Cuento sobre prevención del abuso sexual
Ojos verdes

Ojos verdes

Cuento sobre prevención del abuso sexual

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autoría: Sara Arteaga Gormaz y Luisa Fernanda Yágüez Ariza
Ilustraciones: Lucía Lupiañez Alpuente

CEAPA

Ojos verdes

Cuento sobre prevención del abuso sexual

CEAPA Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos

Autoría:
Sara Arteaga Gormaz
www.globalmentepsicologos.com
Luisa Fernanda Yágüez Ariza
http://lfyaguez.wix.com/psicologa

Guía de lectura y prólogo:
Luisa Fernanda Yágüez Ariza

Ilustraciones:
Lucía Lupiañez Alpuente

Coordinan:
Jesús Salido Navarro
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Julio 2015

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Salido Navarro, Elena González Fernández, Nuria Buscató Cancho, José Luis Pazos Jiménez, Miguel Dueñas Jiménez, Flor Miguel Gamarra, Javier González Barrenechea, Mª del Pino Gangura del Rosario, Leticia Cardenal Salazar, José Mª Ruiz Sánchez, José Antonio Felipe Pastor, Rafael Melé Oliveras, Mustafá Mohamed Mustafá, Silvia Centelles Campillo, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxío Taboada Arribe, Camilo Jene Perea, Santiago Álvarez Folgueras, Andrés Pascual Garrido Alonso.

Introducción

Este cuento es un recurso para que padres y madres puedan abordar una situación tan compleja como la prevención del abuso sexual en los hijos e hijas.

A veces, tienen más dificultad para expresar sus sentimientos con la palabra, por lo que los manifiestan a través de la conducta y el cuerpo.

En este sentido, el juego, el dibujo y los cuentos son su medio de expresión natural y una actividad lúdica fundamental donde

pueden aprender conceptos, habilidades y valores y descubrir el mundo, construyéndose como sujetos autónomos, integrados en la sociedad y en comunicación con los demás.

Por eso, hemos escogido el lenguaje de los cuentos para ofrecer a padres y madres una herramienta lúdica que les permita compartir con sus hijos e hijas una misma actividad y abordar con ellos la prevención del abuso sexual, enseñándoles las habilidades, conceptos y valores necesarios para poder enfrentarse a situaciones de riesgo, saber pedir ayuda a los adultos responsables de su protección y crecer con una idea sana de las relaciones y de la sexualidad.

A lo largo de todo el cuento, se producen situaciones que podréis analizar con vuestros hijos e hijas, plantear posibles alternativas y/o soluciones y, en definitiva, compartir un espacio de comunicación y diálogo constructivo.

Al final, podéis encontrar una guía de lectura que os permita reflexionar con vuestros hijos e hijas sobre los aspectos más relevantes y un prólogo en el que se indican claves importantes que, como padres y madres, habéis de tener en cuenta en la prevención y abordaje del abuso sexual.

Ojos verdes

¡Por fin había llegado la primavera! Alex se sentía muy feliz. Le encantaba la primavera. Hacía mejor tiempo, los animales salían de sus escondites de invierno, las flores volvían a sonreír y, sobre todo, podía disfrutar y jugar todo lo que quisiera al aire libre.

Alex vivía en un bonito pueblo que estaba lleno de casas grandes, que tenían jardines aún más grandes. Todos los habitantes eran muy amables y se conocían, era normal que coincidieran alguna vez en alguno de los rincones del pueblo. Sus padres tenían una casa a las afueras, a la que los vecinos llamaban "la casa de la valla azul", por la gran valla que la rodeaba.

Un día, al salir del colegio, Alex fue directo a casa, caminando y jugando con su balón, al que llevaba a todas partes. Al llegar, vio que solo estaba su madre, por las tardes trabajaba desde casa. Su padre no llegaba del trabajo hasta muy tarde, a la hora de la cena.

—¡Hola mamá! –saludó Alex con alegría.

—Hola Alex. ¿Qué tal en el colegio? ¿Lo has pasado bien?

—Sí mamá. Hoy no tengo deberes, así que voy a salir al jardín a jugar ¿Puedo ir?

—Pero acuérdate que...

—Síií mamaaaaaa, ya sé que no puedo saltar la valla –contestó Alex, sin dejar terminar de hablar a su madre. Era algo que le repetía todos los días y a Alex le daba mucha rabia que lo hiciera. ¡Era muy pesada!

—Te lo repito para que no se te olvide. ¡Pórtate bien! Estaré aquí trabajando con el ordenador si necesitas algo cariño.

—Gracias mamá –dijo Alex mientras corría contento hacia el jardín.

Lo que más le gustaba a Alex de su casa era su enorme jardín, donde podía jugar con su balón hasta que el sol se ocultaba al atardecer.

Si algo le divertía en el mundo era inventarse juegos nuevos. Ese día había pensado intentar acertar lanzando el balón a una diana que dibujó en la valla del jardín trasero. Cuando acertaba, ganaba un punto, y cada vez lo iba poniendo más y más difícil, tirando el balón desde más y más lejos.

Aunque recibía todo el cariño y atención de sus padres, echaba de menos tener algún hermano o hermana y en tardes como esa, mientras jugaba solo, pensaba que su vida sería diferente teniendo hermanos o algún vecino de su edad.

¡Ya había conseguido 9 puntos con solo 5 lanzamientos! El sexto lanzamiento ya era realmente difícil, estaba muy lejos de la valla. Aun así, Alex siempre pensaba que el fracaso estaba en no intentarlo y eso hizo. Cogió carrerilla, miró el balón fijamente y fue corriendo a chutar con decisión.

Pensaba que había sido un tiro perfecto ¡y vaya si lo fue! Le había dado tan fuerte que... ¡Crassshhh! Rompió la valla.

—¡*Nooo!* –dijo Alex llevándose las manos a la cabeza–. *Mamá me va a castigar* –y se fue corriendo a buscar el balón, ni siquiera se había dado cuenta dónde había caído.

No lo encontraba por ninguna parte, seguramente estaría detrás de la valla... y ¡no podía cruzarla! Su madre ya se lo había advertido muchas veces, era peligroso. Nunca lo había hecho, pero siempre sentía curiosidad, ¿qué habría más allá? Desde su casa solo se veían árboles y más árboles pero pensaba que podría haber algo más.

Ese día, su curiosidad fue mayor que su prudencia. Además, no quería perder su balón, era su bien más preciado. Sin pensarlo dos veces, cruzó la valla y se adentró en el bosque. En ese instante pensó... "Sólo será un momento, recojo mi balón y ya está, vuelvo a casa".

Por suerte, todavía era de día y podía ver perfectamente todos los detalles de los árboles y las plantas. Siempre le habían gustado las plantas, pero sus padres nunca tenían tiempo de plantarlas en su jardín. Decían que lo harían "el próximo domingo" pero, cuando llegaba el día, estaban muy cansados para hacerlo.

No sabía muy bien porqué, pero siguió caminando y caminando, adentrándose cada vez más en ese hermoso paisaje de colores y olores. Incluso se olvidó que estaba buscando su balón, le encantaba todo lo que veía y solo pensaba en seguir descubriendo qué había más allá.

De repente, notó que algo se movía entre las ramas de un matorral. Se quedó quieto y se acercó lentamente. No tenía miedo, quería saber qué había detrás. Vio que algo saltaba rápidamente y se ponía delante. Alex se asustó y se cayó hacia atrás. Se incorporó lo más rápido que pudo y miró intrigado... ¡Era un gato!

—*¡Maldito gato!* –pensó. Le había dado un susto de muerte.

Tenía unos enormes ojos verdes que le miraban fijamente con ternura. Nunca había visto unos ojos así, no podía parar de mirarlos. Enseguida se fijó en su pelaje brilloso, era atigrado por el

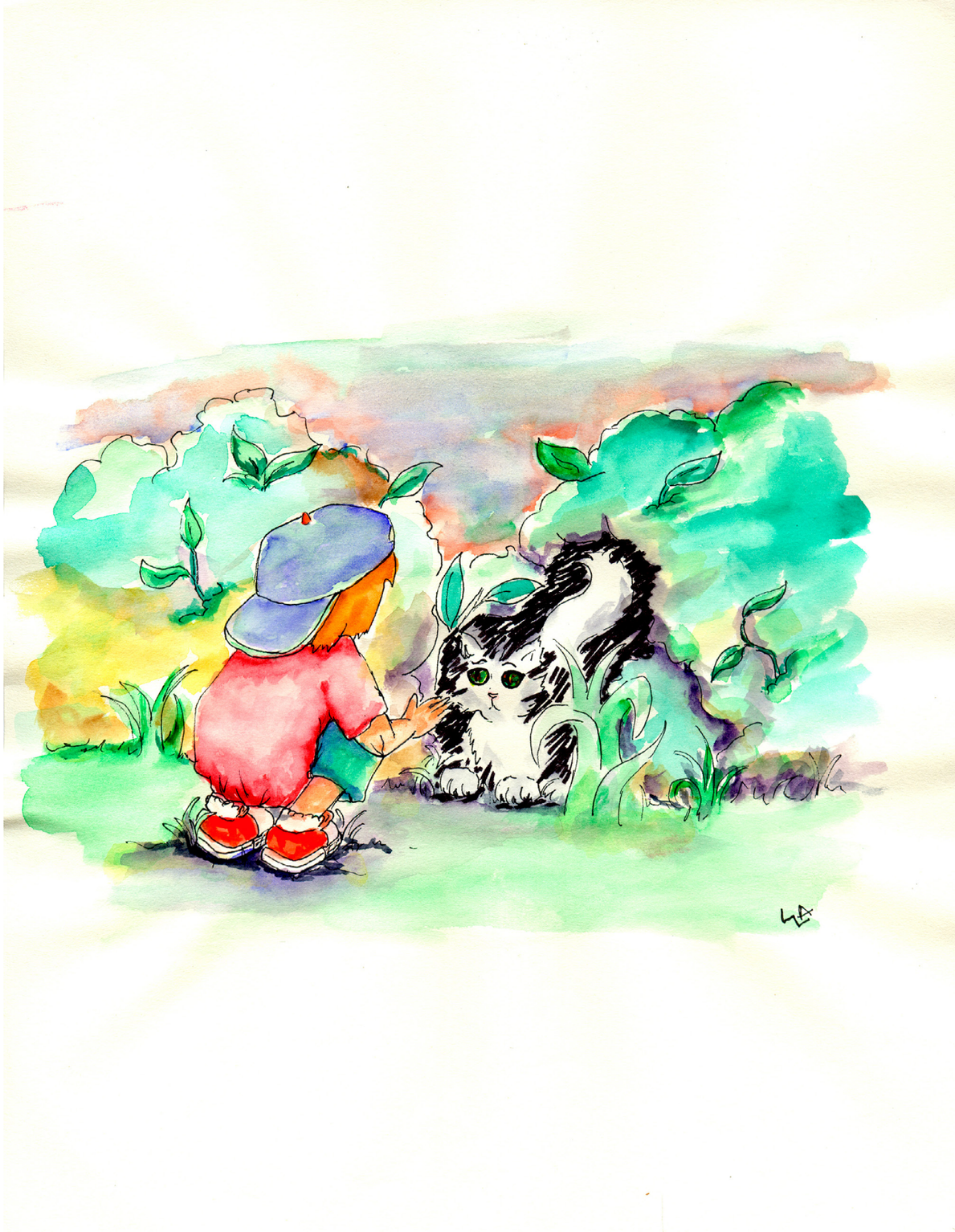
lomo y la cabecita, con colores grises, y el resto del cuerpo de color blanco. No pudo evitar acercarse a tocarle pero el gato rápidamente volvió a esconderse detrás del matorral.

—*No tengas miedo gato, no voy a hacerte daño* –le dijo– *si quieres puedes acompañarme, quiero saber qué hay detrás de esos árboles.*

Siguió su camino y al mirar atrás observó que el gato le seguía en la distancia. No sabía por qué pero ahora se sentía más seguro.

Llegó a una explanada y miró a su alrededor, había llegado a otra casa muy muy grande. Enseguida se dio cuenta que tenía un jardín enorme lleno de flores y plantas de todos los colores. ¡Era precioso! Sintió como todos esos colores hacían que no pudiera evitar acercarse a mirarlos.

De cerca, era todo aún más bonito y podía percibir la mezcla de olores dulces e intensos que venían de todas partes. Se había abstraído tanto que no se fijó que había alguien mirándole desde la puerta de la casa. Se dio la vuelta con miedo y reconoció a esa persona. Era Max, el entrenador de baloncesto del colegio.



—¡Hola! Eres Alex ¿no? ¿Qué haces por aquí?

—Hola. Sí, estaba buscando mi balón porque lo perdí detrás de la valla de mi casa y he llegado hasta aquí–dijo Alex mientras que el gato le seguía observando desde la distancia, escondido detrás de unas plantas pero atento a todo lo que pasaba.

—¿Te gusta todo lo que tengo plantado en el jardín? Acércate más, te enseñaré todo.

Le hizo caso y se acercó. Max empezó a enseñarle una a una todas las plantas y flores que tenía. Le explicaba sus nombres, propiedades y le dejaba tocarlas y olerlas. Alex estaba fascinado, nunca había visto nada igual. Incluso le contó a su entrenador que a él le gustaría tener un jardín y que le encantaba plantar, pero que aún sus padres no habían tenido tiempo para ir a un vivero a comprar semillas.

Tenía tanta curiosidad que se había olvidado por completo que se estaba haciendo tardísimo.

—*¡Me tengo que ir! Es tardísimo y mi madre me castigará si no vuelvo* –comentó Alex.

—*No te preocupes, puedes volver cuando quieras y así puedo enseñarte más cosas. Si quieres podemos plantar semillas juntos y las plantas que crezcan serán para ti. ¿Qué te parece? Será nuestro secreto, así cuando ya tengamos unas cuantas plantas germinadas, les darás a tus padres la sorpresa* –le explicó Max mientras le sonreía amablemente.

—*¿De verdad? ¿Podríamos hacer eso?* –dijo Alex emocionado.

—*¡Claro que sí! Aquí te espero* –contestó Max.

En ese momento, Alex sintió de cerca a su gatito acompañante, restregándose una y otra vez entre sus piernas y vio su mirada fija, con los ojos muy abiertos, la cabeza erguida, las orejas de punta y como queriéndole decir algo pero, después de unos segundos, aceptó el plan de su vecino, ilusionado con la idea de poder tener un día esas plantas en el jardín de su casa.

—*¡Me encantaría! Muchas gracias* –confirmó Alex mientras se despedía.

Se fue corriendo, volviendo por el mismo camino y acompañado por el cariñoso gato, que se quedó mirando a lo lejos cuando llegaron a la valla azul. Había encontrado su balón, muy cerca de allí. Se despidió del gato y entró corriendo en casa. Su madre no se había dado cuenta de su ausencia.

Esa noche le costó mucho dormir. No podía parar de pensar en que quería volver a la casa del entrenador, y eso es lo que tenía pensado hacer al día siguiente, lo tenía decidido. Además recordó que sus padres ya conocían a Max, hablaban alguna vez e incluso que en una ocasión, su padre había jugado al baloncesto con él en una fiesta de su colegio. Por eso pensó que como era alguien conocido, no pasaría nada.

Al día siguiente, tal como tenía pensado, al llegar a casa salió corriendo al jardín con su balón. Detrás de la valla estaba esperándole otra vez el gato, que volvió a acompañarle a casa del entrenador, manteniéndose en la distancia.

Esta vez, cuando Alex llegó al jardín de la casa, Max estaba en la puerta tomando una taza caliente de café.

—*¡Hola Alex! ¡Qué alegría verte otra vez por aquí! No sabía si volverías pero, por si acaso, he preparado unas cosas, te las enseño?....* –empezó Max a explicarle, mientras Alex le escuchaba atentamente–. *Te he comprado un semillero donde puedes plantar las primeras semillas. Yo te enseñaré a plantarlas pero las tengo en el invernadero, detrás de la casa. ¡Acompáñame!*

—*¡Siiii...Qué ilusión!* –contestó Alex siguiendo sus pasos.

Fueron juntos al invernadero, donde aprendió a enterrar sus semillas en el semillero que Max le regaló. Hablaron sin parar sobre semillas, plantas, flores, olores y colores, y cuando terminaron fueron al salón de la casa, donde había una TV de plasma gigante ¡Nunca había visto una cosa igual! ¡Menuda pasada!

—*¡Madre mía! ¡Qué tele más grande!* –exclamó Alex boquiabierto.

—*¿Te gusta? Pues tengo unos videojuegos que acabo de comprar y todavía no he estrenado ¿quieres que te los enseñe? Podríamos jugar un rato si te apetece.*

—¡*Síií!* –contestó Alex muy contento. Los videojuegos eran otra de las cosas con las que disfrutaba mucho, pero nunca tenía a nadie con quien jugar.

Invitó al gato a entrar en la casa pero éste se quedó fuera, relamiéndose sus patitas y mirando desde la ventana todo lo que pasaba dentro.

Empezaron a jugar a un montón de videojuegos. Max era muy divertido, ¡se lo estaba pasando en grande!

Cuando empezaba a anochecer, Alex sabía que debía irse pero realmente no quería.

—Me tengo que ir, Max. Me lo he pasado muy bien y te prometo que intentaré volver todos los días que pueda, pero creo que mis padres me castigarán si se enteran que estoy aquí sin avisarles.

—Claro que sí Alex, vuelve cuando quieras, estaré esperándote. Y no te preocupes por tus padres, no estás haciendo nada malo. Recuerda que las plantas que irán creciendo poco a poco serán para ellos. Tienes que venir a regarlas y abonarlas, no se lo puedes decir porque si no ¡no sería una sorpresa! Nadie sabe que estás aquí y yo no se los voy a decir. Este será nuestro secreto ¿vale?

—*¡Vale!* –dijo Alex mientras se despidió de Max chocando las manos.

Emprendió el camino de vuelta a casa con el gato, que cada vez le seguía más de cerca. Cuando llegó a la valla de su casa, el gato se paró. Alex se acercó para despedirse y con delicadeza le acarició el lomo. Esta vez, el gato no huyó, incluso empezó a ronronear, feliz, mientras se dejaba acariciar. El sonido del ronroneo le encantó, le daba mucha tranquilidad y volvió a notar que ese gato le transmitía una seguridad que no podía explicar. Sentía que tenía un amigo a su lado, que le acompañaría cuando lo necesitara. Desde ese momento, decidió llamarle Rony, el gato ronroneador.

Le empezó a dejar un plato con leche en la puerta de su casa, hasta que su madre y su padre le encontraron una mañana. Rony les hizo mucha gracia y Alex les pidió que le dejaran cuidarle. Ellos no dudaron en decirle que sí, también habían sentido que Rony era un gato especial y pensaron que sería una buena compañía para Alex. Poco a poco fue haciéndose un miembro más de la familia.

Pasaron los días y se fue haciendo habitual que Alex y su nuevo amigo, el gato Rony, visitaran a Max –el entrenador. Era algo que mantenían en secreto, tal como habían pactado.

Había algo que a Alex le llamaba mucho la atención y era que Rony siempre se quedara fuera de la casa. Nunca quería entrar dentro, aunque siempre les observaba desde la ventana con sus

grandes ojos verdes. Tampoco dejaba que Max se le acercara, en cuanto él intentaba acariciarle, echaba para atrás sus orejas y le enseñaba sus dientes. Era como si hubiese algo que no le gustara o que le asustara, *¡qué raro era este gato*! pero cómo le gustaba a Alex sentir su compañía cerca...

Una de esas tardes de juegos, de repente, Max estaba muy gracioso y cariñoso y propuso a Alex que jugaran a otra cosa, para no aburrirse y estar siempre jugando a lo mismo. Primero jugaron a hacerse cosquillas y luego hicieron una guerra de cojines. Se reían mucho y lo estaban pasando en grande. ¡*Qué divertidos eran esos juegos nuevos*!

Al cabo de un rato, cuando más se estaban riendo, Max le pidió que jugaran a "*tocarse y acariciarse debajo de su ropa interior*", primero tú y luego yo... Era algo raro y sorprendente para Alex, nunca había jugado a eso con nadie, pero Max no le dio tiempo de pensárselo mucho... y jugaron. Alex se quedó con una sensación rara, no estaba seguro si era algo que le había gustado o no, si era algo malo o algo bueno. Tuvo sensaciones totalmente nuevas, como de vergüenza, nervios, sentía como que "se le arrugaba la tripa". No era nada agradable, pero tampoco sabía describirlo.

Pero como Max era su amigo, el entrenador del cole y además le estaba enseñando tantas cosas, pensó que estas sensaciones no eran importantes. No lo entendió muy bien y decidió irse a casa, a ducharse y relajarse para no pensarlo más.

Las siguientes veces que fue a casa de Max, siempre regaban las plantas pero unos días jugaban a los videojuegos, otros plantaban flores nuevas en el jardín, y a veces, volvían a jugar a ese juego nuevo y Alex volvía a tener la misma sensación rara, incómoda, que su cabeza no podía entender... Incluso, las últimas veces que jugaron a esto, Max hizo fotos y lo grabó. Eso le dio mucha vergüenza, pero era incapaz de negarse o decirle algo a Max, temía que se enfadase con él y no sabía qué hacer, se atascaba...

Pasaron los días y ya no volvía tan contento a casa. Había algo que no le gustaba pero no sabía muy bien qué era. También se dio cuenta que Rony cada vez estaba más cerca de él e, incluso, las últimas noches habían dormido juntos, siempre amanecía acurrucado a su lado. Era algo que a Alex le reconfortaba y

le gustaba mucho, se sentía protegido. Además, sentía como si Rony tuviese algo que decirle... pero no podía hacerlo, ¡los gatos no hablan!

—*¿Qué pasa Rony? Sé que quieres decirme algo... Ojalá pudieses hablar, amigo* –dijo Alex mientras, sin saber muy bien por qué, empezó a llorar. No sabía qué le estaba pasando pero no se encontraba bien. Sentía miedo y nervios cuando recordaba sus juegos con Max. Temblaba, sentía asco, una vergüenza que no sabía explicar y tampoco sabía si había hecho algo malo por mantener en secreto su amistad con él.

Por las noches, Alex empezó a tener pesadillas. Llevaba muchos días que estaba nervioso y le dolía mucho la tripa. En uno de esos sueños Rony le maullaba y susurraba al oído:

—*Alex, eso que hace Max no es un juego. Tú sabes que es peligroso y no es bueno, por eso te duele la tripa. Sientes asco y tienes cada vez más vergüenza y miedo. ¡NO podemos seguir guardando este secreto! ¡y tampoco podemos volver allí a jugar con él, esos juegos son de mayores, los niños no deben jugar a eso con los adultos!*

Alex despertó agitado, sudando y vio a su lado a su gatito, lamiéndole la mano y consolándole. Rony se restregaba y ronroneaba con mucha ternura, tranquilizándole, mirándole fijamente con sus ojitos verdesy Alex rompió a llorar. No podía parar. En ese momento, se dio cuenta que estaba en metido en un gran problema, que tenía que contárselo a sus padres y que no podría volver nunca a ver a Max, pero no sabía muy bien cómo hacerlo.

Sentía mucho miedo y vergüenza; tenía miedo de que le castigaran sus padres, que se enfadaran con él o, lo peor, que no le creyeran. Ellos también pensaban que Max era un tío muy majo. ¿Cómo iba a poder contarles todo lo que había pasado? "*Y si no me creen...*", pensaba.

Sin embargo, se armó de valor, ¡tenía que hacerlo! Fue a la cocina con su gatito Rony, siempre pegado a sus piernas... Sus pa-

dres estaban desayunando. Se acercó dudando, con miedo, y su padre, al mirarle a los ojos, se dio cuenta de que algo le pasaba.

—*Buenos días Alex. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Estos días estás un poco distante...* –preguntó su padre extrañado.

—*La verdad es que no estoy bien. Tengo que contaros algo* –dijo mientras se ponía a llorar sin poder evitarlo.

Sus padres ya notaban que Alex estaba raro, que últimamente se quejaba mucho de su dolor de tripa, y dejaron todo lo que estaban haciendo para escucharle.

Alex empezó a contarles todo lo que había pasado desde el primer día, incluyendo los juegos y todo lo que había sentido y estaba sintiendo. Mientras lo contaba, notó que le escuchaban atentamente, que le entendían y además, le creían.

Sus padres le trataron con mucho cariño y comprensión, lloraron juntos pero no perdieron la calma y se pusieron manos a la obra.

Inmediatamente después, le llevaron al médico para que le viera y luego fueron juntos a hablar con unos policías que sabían especialmente hablar con los niños a los que les había ocurrido lo mismo.

Todo esto fue muy difícil para Alex, pues tuvo que contarles a esas personas que no conocía todo lo que pasaba cuando iba a casa de Max, pero también era un alivio que alguien más lo supiese.

Algunas noches, en sueños, Rony y él hablaban. Ya se sabe que en los sueños todo puede ser posible... En esos sueños, Rony le ayudaba mucho calmándole y transmitiéndole que, poco a poco, todo iría yendo mejor.

Un día, después de que la casa de Max fuera puesta en venta y quedara vacía, sus padres le aseguraron que ahora podía estar tranquilo y que iban a llevarle a un sitio donde podría jugar, dibujar y hablar en privado con una persona, que sabía ayudar a los niños que habían pasado por lo mismo que él.

Esa persona tenía los ojos verdes, igual que su gato Rony, es algo que le llamó mucho la atención. Era muy amable y poco a poco él fue ganando confianza y pudo contarle todo. Ella le aseguró que él no había hecho nada malo. Le explico cómo funciona el cuerpo humano y que todos podemos poner límites a los demás. Sobre todo que para tocar nuestro cuerpo, deben pedirnos permiso; y que nadie te puede obligar a hacer esas cosas cuando eres un niño, eso es algo que siendo pequeño no se conoce y es difícil de entender.

Alex aprendió a decir "NO" cuando no estaba de acuerdo con algo y a decir lo que pensaba y lo que sentía con valentía. Jugaba con ella con un montón de juguetes, entre ellos, unas marionetas que le gustaban mucho. También se dibujó a sí mismo cuando fuera mayor, estudiando para ser veterinario y así poder cuidar a los animales... Se divertía mucho con ella y ¡estaba aprendiendo muchas cosas!

Con su ayuda y el cariño y cuidado de sus padres y el de Rony, se fue sintiendo mejor poco a poco.

Alex y Rony se protegían y acompañaban mutuamente, era su mejor amigo. Cuando llegó el invierno, después de las navidades, vinieron a la casa deshabitada unos nuevos vecinos. Era una familia que tenía dos hijos gemelos, pelirrojos, de su misma edad, que se convirtieron en sus nuevos amigos. Estaba muy contento. ¡Por fin tenía amigos con los que jugar a todos los juegos que le gustaban!

Guía de lectura

Este cuento está dirigido a niños y niñas entre 6 y 12 años. Por ello, pueden leerlo ellos solos o junto con sus padres y madres o cualquier otro adulto, que les pueda ayudar a reflexionar sobre el contenido. En cualquier caso, las siguientes pautas están dirigidas directamente al niño o niña lector, de modo que si está acompañado por un adulto, pueden servir también de guía en la lectura conjunta.

Hola, después de haber leído la historia de *Ojos verdes* suponemos que ya sabéis que nos referimos a los ojos verdes de Rony el gato acompañante y protector de nuestro amiguito Alex.

Te proponemos pensar juntos en esta historia. Puedes contentar a estar preguntas para así poder ir entendiéndolo mejor:

- ¿Qué significa para Alex su gatito Rony? ¿Por qué se convierte en alguien tan importante para él?
- ¿A quién puedes tú contarle las cosas que más te preocupan o las dudas que tienes?
- ¿Por qué crees que a Alex le gusta tanto jugar con Max?
- ¿Qué crees que hace Max para captar el interés de Alex?

- ¿Por qué crees que le cuesta a Alex decir a Max que NO quiere jugar a tocarse debajo de la ropa interior, aunque es algo que le incomoda?
- ¿Qué hace Rony? ¿Cuándo le habla en sueños, que le intenta decir?
- ¿Tú qué haces cuando sientes miedo o vergüenza por algo?
- ¿Por qué crees que a Alex le cuesta contárselo a sus padres?
- ¿Qué te parece la reacción de sus padres?
- ¿Cómo se siente Alex con sus nuevos amigos?

Te queremos recomendar que cuando tengas un día difícil, o te sientas solo o confuso, como se sentía a veces Alex, lo hables con alguien en quien de verdad confíes, algún adulto de tu familia, y que te atrevas a pedir ayuda ante cualquier problema.

También queremos que te quede claro que hay secretos que si te hacen sentir mal, no deben ser buenos y, por ello, debes compartirlos con alguien de tu confianza, que te de otra opinión sobre ellos.

Queremos que todos los niños y niñas puedan crecer sintiéndose protegidos, disfrutando de sus descubrimientos sobre la vida, la naturaleza y el funcionamiento de su cuerpo de una manera sana.

Prólogo

Esta historia recoge las vivencias de un niño o niña que ha sido expuesto al abuso sexual. Relata en primera persona los sentimientos de quien, desde la ingenuidad y la inocencia, se puede ver atrapado en una **relación de poder.** En las relaciones de poder la igualdad-no existe, es decir, la persona que abusa, utiliza a la víctima para manipularla y dominarla.

Una persona se convierte en víctima cuando ya no es del todo libre para decidir lo que quiere o no quiere hacer, porque teme perder el cariño o evita disgustar a quien se ha convertido en su agresor o agresora y de quien depende afectivamente de una forma insana.

Las reglas de una relación perversa se van creando en un contexto de secreto.

Para liberarse, la víctima tiene que salirse de estas reglas del juego y traicionar el pacto de silencio con su agresor o agresora, desafiar el miedo y contar con alguna persona que actúe como figura de protección, que sea sensible a su sufrimiento, que sea capaz de actuar sin ambigüedad, denunciando y buscando ayuda.

Muchos casos de abuso nunca han sido revelados y aquellos niños y niñas, que se han atrevido contarlo y no han recibido ayuda, sufren como consecuencia añadida el estar victimizados para siempre.

La historia de Alex se puede contar a niños y niñas, pero también es una historia que pretende que los adultos, padres y madres, educadores, etc., se hagan conscientes de las **señales de alerta** que emiten aquellos con quienes se relacionan a diario, intentando que alguien les rescate de la soledad, que les ayude a poner en palabras el malestar o cualquier sentimiento que les desborde.

Simplemente basta con preguntar: ¿Estás bien? ¿Te pasa algo? ¿Quieres que hablemos un poco?

Esta historia pretende llegar a cualquier persona que haya vivido alguna experiencia de abuso sexual, niño o adulto, para que después de reconocer el daño sufrido y lo innecesario de guardar para sí todo ese dolor, rompa el silencio, busque ayuda psicológica y se libere del estigma, del secreto y la vergüenza.

Todo aquel que haya estado implicado en una relación de poder y que haya sufrido cualquier forma de violencia, incluida cualquier forma de abuso sexual, necesita ayuda profesional para afrontar y superar esta situación.

Las experiencias traumáticas que son negadas y ocultadas producen un daño en el desarrollo de la persona, afectan gravemente la autoestima, impiden establecer relaciones sanas y, sobre todo, someten a la persona a la pérdida de libertad. El abuso sexual siempre debe denunciarse.

Las autoridades deben conocer la situación para poder defender a la víctima, aplicar las medidas sancionadoras a los agresores y conseguir la reparación y la justicia.

Pero la tarea de protección a las víctimas tiene que ir más allá de la intervención meramente jurídica y policial. Tanto la víctima como sus familiares necesitan atención psicológica, asesoramiento para saber entender y abordar los síntomas asociados.

Algunas reflexiones para padres y madres

Es impensable, insoportable y tremendamente difícil imaginar que nuestro hijo o hija, que está bajo nuestro cuidado o tutela, haya podido ser convertido en una víctima de abuso sexual, pues conscientemente nunca dejaríamos que estuviese expuesto a tales peligros, pero desgraciadamente, en algunas ocasiones ocurre.

Nosotros, como padres y madres, somos responsables del cuidado y la protección de nuestros hijos e hijas, pero es importante recordar que solo el abusador o abusadora es culpable, es quien pervierte y utiliza la inocencia y el no saber de un niño o niña, es quien aprovecha o crea las situaciones de oportunidad.

Por eso, si nos viéramos en esa situación, ante la sospecha o revelación de un abuso sexual por parte de nuestro hijo o hija, aunque nuestra primera reacción pudiera ser de negación, es importante **pensar primero en qué es lo que necesita escuchar de nosotros nuestro hijo o hija,** acogerle con afecto, escucharle con atención y con calma y creerle. Es muy difícil que un niño o niña se "invente" algo así.

La mayor parte de los abusos sexuales a menores son perpetrados por personas conocidas y cercanas. Incluso pueden ser miembros de su propia familia.

Está comprobado que la **mejor prevención está en fortalecer las relaciones familiares desde la primera infancia,** dotar a los niños y niñas de herramientas para que crezcan con una **buena autoestima,** sintiéndose seguros y valiosos; con ello, evitamos que puedan verse atrapados en las relaciones de poder y dependencia.

Un niño o niña que cuenta con un padre y una madre que "sepa leer sus emociones, reconocer sus diferentes estados de ánimo" y que hablen con normalidad sobre ello, actuarán como antídoto natural frente a cualquier malestar o amenaza externa. Hay que estar lo suficientemente cerca como para poder observar la mirada de los hijos e hijas y saber si están bien o no.

Es importante trabajar y cuidar el concepto de INTIMIDAD: En el interior de cada familia se crean reglas y formas de convivencia que otorgan o restringen permisos, por ejemplo: la costumbre de saludarse o despedirse con un beso en la mejilla, el cerrar la puerta del servicio cuando necesitas estar a solas, etc.

Cuando los niños y niñas son más pequeños es obligado tener que cambiar sus pañales, ayudarlos en su aseo personal, pero a medida que crecen, les enseñamos a ser autónomos, por ejemplo, con 5 o 6 años, un niño o niña ya está en condiciones de asearse con supervisión de los adultos, ha controlado esfínteres y, por lo tanto, puede gestionar todo lo relativo a su

limpieza y empieza a adquirir otro concepto y contacto sobre su propio cuerpo, ¡eso es bueno!

A mayor autonomía, más posibilidad de que el niño o niña aprenda de forma natural el concepto de la intimidad, por eso, **desde los dos años podemos advertirle que "nadie le puede tocar debajo de su ropa interior"** (ver www.laregladekiko.org - campaña "Uno de Cada Cinco" del Consejo de Europa).

También entre los 3 y los 7-8 años puede comprender la naturaleza de las relaciones de enamoramiento entre los adultos, es cuando podemos aprovechar para indicar a nuestro niño o niña, que **enamorarse y darse besos de "amor" es cosa de mayores,** advirtiendo, con mucha naturalidad, que no está bien que un adulto intente acercarse a él o ella de esa forma y que si ocurriese, debe contárnoslo a nosotros.

Podemos ayudarle a diferenciar entre el cariño y el amor entre padres e hijos, o entre hermanos, o entre amigos, de las otras formas de "quererse" que ocurren cuando uno es adulto y se enamora.

Es importante que tengamos en cuenta que a medida que un chico o chica van creciendo, su desarrollo psicosexual también progresa. Va aprendiendo a reconocer las diferentes señales de su cuerpo, **descubrirá la autoestimulación sexual de forma natural.** Ante este momento, nosotros, como adultos, hemos de cerciorarnos de no culpabilizarle o darle a este hecho una connotación negativa. Sin embargo, hemos de explicarle que es algo que debe hacer en LA INTIMIDAD, cuando esté solo o sola en su habitación o en el cuarto de baño, porque es algo privado para él o ella y para no molestar a los demás.

También es importante que los chicos y chicas sepan que cuando hay una puerta cerrada (por ejemplo, nuestra habitación) deben primero llamar antes de entrar, así también **podrán aprender que los demás tienen INTIMIDAD,** y al mismo tiempo los adultos nos aseguramos que nuestros momentos de intimidad sexual también serán privados.

Cuando un chico o chica entra en la preadolescencia, junto con el cambio hormonal típico, su cuerpo se transforma, se "erotiza", aunque es un proceso normal y deseable, en él o ella producen nuevas ansiedades, complejos y cierta sensación de vergüenza sobre su cuerpo. Es necesario que sepamos respetar esas señales, mantenernos cerca y nunca burlarnos o ridiculizarle por sus transformaciones físicas, **animémosle a buscar su mejor imagen posible frente al espejo** y de nuevo, advirtámosle que en sus relaciones afectivas y de pareja, no tiene por qué hacer nada para lo que no se sienta preparado y que nadie puede obligarle a ninguna práctica sexual. Al mismo tiempo, entendamos que es un tema que probablemente le dará vergüenza hablar con nosotros, así es que hemos de mostrarnos cercanos y accesibles. Si nuestro hijo o hija tiene confianza en nosotros y hemos construido una comunicación afectiva con él desde la infancia, ante cualquier situación que le desborde, se acercará sin problema a buscar nuestro consejo y ayuda.